



MARÍA CARMEN CAAMAÑO LÓPEZ

Las biblioaventuras de Daniel

Las biblioaventuras de Daniel

María Carmen Caamaño López

Este relato ha obtenido el Tercer Premio en el II Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2015, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Lunes – Aikido
Martes – Biblioteca
Miércoles – Piscina
Jueves – Biblioteca
Viernes – Abuela

Mamá me dio hoy el nuevo horario para este trimestre. Dos días a la semana en la biblioteca. Podía haber sido peor. La biblioteca no está mal. Cuando termino pronto con los deberes, me voy a la sección de cómics y leo Sandman. Me encanta Sandman. A veces coincido allí con Fernando. Como a él también le gusta Sandman y se empeña en leer el mismo cómic que yo, tengo que esperar a que él termine de leer para poder pasar página. Es un fastidio. Nunca digo nada al principio, pero luego me canso de esperarle y bufo y nos enfadamos y Margarita, la bibliotecaria, nos riñe.

Es bien rara esta Margarita. Mamá no me deja llamarle rara porque dice que eso es ofensivo (ofensivo es cuando a uno le sienta mal algo porque es como un insulto). Margarita es muy redonda. Su cara parece hecha de bolas de plastilina. Dos bolas para los mofletes, una más pequeña para la barbilla y otra más pequeña todavía para la nariz. Su boca casi no se ve, porque está siempre apretada, como si estuviera todo el rato sorbiendo por una pajita. A lo mejor se le ha quedado así de tanto decir “ssshhhhhhh!!!!” para que callemos. Lleva gafas, que también son redondas y pequeñas, y parecen de mentira, porque los ojos casi no se le mueven y es como si vinieran ya pintados en la gafa. Es bien rara esta Margarita.

A mí me llama Dani y me sonrío cuando nota que la estoy mirando. Eso es raro (raro que significa extraño; no es lo mismo que ofensivo y puede decirse sin problema). Es raro porque Margarita nunca le sonrío a nadie y como sólo lo hace conmigo, Fernando se mofa y me dice que le gusto y que quiere ser mi novia y eso no es verdad, porque Margarita es vieja (vieja sí es ofensivo; es mejor decir anciana pero a Margarita no me pega decirle anciana porque no es lo suficientemente vieja; sólo es vieja como mamá).

Total, un lío. No había estos líos cuando la abuela me recogía a la salida del colegio y yo no tenía que ir a aikido, ni a la piscina, ni a la biblioteca. A mí me gustaba más cuando venía la abuela. Me traía un bocadillo de paté para merendar y, de camino a casa, me dejaba jugar en el parque mientras me lo comía y nunca me reñía si no terminaba de hacer los deberes. Me encanta la abuela, pero ahora ya no puede venir a buscarme porque es senil (senil es cuando uno es tan viejo que es como un niño y entonces ya no puede hacer casi nada solo).

Desde que la abuela es senil, alguien tiene que estar con ella todo el tiempo. Casi siempre está Rosita, que es su cuidadora (las cuidadoras no son enfermeras, aunque llevan un uniforme parecido), pero como Rosita no trabaja los viernes yo me quedo en casa con ella después del colegio. Mamá nos deja el pan ya cortado y yo preparo dos bocadillos de paté, uno para mí y otro para la abuela. Doña Maripaz, la vecina de enfrente, viene a vernos de vez en cuando, por si necesitamos algo y es un fastidio. Yo creo que me vigila, aunque no hace falta, porque mamá me tiene muy avisado de que no se puede hacer el tonto estando con la abuela y yo siempre me porto muy bien. No quiero que me castiguen y me quiten las tardes de los viernes con la abuela. Por eso me porto muy bien. Y también porque no se puede hacer el tonto y porque Doña Maripaz me vigila.

Pero todo eso es los viernes, y hoy es martes. Hoy toca biblioteca.

Entro en la sala infantil y Margarita me sonrío y me dice "Hola Dani". Fernando nos mira desde la mesa de la esquina y se ríe a carcajadas hasta que Margarita le lanza un "ssshhhhhhh!!!!" desde su mostrador. Mal empezamos. Qué fastidio.

Hacemos los deberes, como siempre, y después empezamos una nueva colección de Sandman que se llama *Estación de Nieblas*. Me encanta Sandman. Hemos leído todas las colecciones varias veces, siempre por orden, porque mamá dice que hay que ser rigurosos (eso es cuando uno hace las cosas como Dios manda). Hoy sólo leemos diez páginas porque Fernando es lento leyendo y perdemos mucho tiempo por su culpa. Pasan las horas y los

demás niños, incluido Fernando, se van poco a poco hasta que me quedo sólo con Margarita, que no para de levantar la cabeza para mirarme y sonreírme. Me pone nervioso. A ver si va a ser verdad que le gusto.

Por fin son las ocho. Lo sé porque mamá me regaló un reloj de Mickey Mouse para enseñarme a mirar la hora y mi reloj de Mickey Mouse marca las ocho. En la pared de la biblioteca también hay un reloj muy grande, pero no es tan bonito como el mío.

Las ocho es la hora de irse. Tengo que ser puntual porque no hay donde aparcar y mamá me recoge con el coche en marcha. Eso es un fastidio, porque los otros coches tocan bocina para protestar y mamá se pone de muy mal humor y les grita y yo siempre pienso que con el lío va a arrancar antes de que yo termine de subirme. Así que recojo mis cosas y corro hacia la salida para que los coches no piten y para que mamá no se enfade, pero Margarita me bloquea el paso y me sonrío, mucho, enseñando los dientes. Nunca le había visto los dientes antes. Me da un poco de miedo y me pongo colorado pensando que me va a decir que quiere ser mi novia. Yo no quiero ser su novio.

–Espera un momento Dani. Tengo un libro para ti. Creo que puede gustarte.

Abro los ojos muchísimo, tanto que casi duele, y me olvido inmediatamente de si le gusto o no.

–¿Es un nuevo Sandman? –pregunto.

–No, no es eso. Toma. Llévatelo para leer en casa y después me cuentas. Me entrega un libro muy finito, con la portada de color rojo brillante, como si llevara purpurina. Arriba de todo pone el título, con letras mayúsculas doradas: *LAS BIBLIOAVENTURAS DE DANIEL. PARTE I.*

Vuelvo a abrir los ojos muchísimo.

–¡El protagonista se llama como yo!

Margarita sigue mostrando la dentadura, pero ya no me da miedo, y me voy corriendo porque vi pasar el coche de mamá y no quiero que se enfade. Le grito “muchas gracias” a Margarita desde la puerta. Con todo el lío se me había pasado y mamá siempre dice que hay que ser agradecido.

No quiero esperar para leer el libro pero no me atrevo a sacarlo porque a mamá no le gusta que no le haga caso. Dice que nos vemos muy pocas horas al día y que es importante que pasemos tiempo de calidad juntos (eso todavía no lo entendí bien, pero lo que es seguro es que durante el tiempo de calidad uno no puede ver dibujos animados).

Me baño y me pongo el pijama gris con estrellitas blancas. Tengo que decirle a mamá que ya no me compre más pijamas de bebés. La última vez que dormí en casa de Fernando se rió de mi pijama gris con estrellitas blancas.

Mamá, la abuela y yo cenamos salchichas con patatas fritas. Me encantan. Es mi plato favorito. Siempre repito, pero hoy tengo prisa por acostarme para leer el libro y le digo a mamá que ya no quiero más y que me voy a lavar los dientes para irme a la cama.

Mi habitación está entre la de mamá y la de la abuela. Está pintada de azul y junto a la cama hay una lamparita blanca, con forma de seta, que queda encendida por las noches. La oscuridad es un fastidio. Uno no puede hacer nada en la oscuridad, sólo dormir.

Mamá viene a darme el beso de buenas noches.

–¿Quieres que te lea un cuento, Dani?

–No, mamá. Hoy voy a leer yo solo el cuento.

Mamá hace ese gesto. Inclina la cabeza un poco hacia la derecha; me sonrío durante mucho tiempo, mucho; los ojos se le vuelven un poco achinados y parece que va a llorar, pero no llora.

–Está bien –me dice– pero ya sabes que no puedes leer Sandman ahora, que luego no te duermes hasta muy tarde. ¿Qué libro vas a leer?

–Uno nuevo que traje de la biblioteca. El protagonista se llama Daniel, como yo.

Mamá vuelve a hacer el gesto y espero a que termine para darle el beso de buenas noches y abrir por fin mi libro, que empieza describiendo a Daniel. Me doy cuenta enseguida de que es exactamente igual que yo. Cuando uno lee un libro uno tiene que ver al protagonista, porque eso es lo que consigue la imaginación (la imaginación hace que uno pueda ver cosas que no se ven). Así que yo me imagino a ese Daniel como una copia mía, porque el libro lo describe así y porque mi imaginación hace que lo vea así. El Daniel del libro también tiene una mamá y una abuela muy buenas y cada vez se me parece más a mí. Me encanta ese Daniel; me encanta el libro; me encanta leer acerca del otro Daniel, que también va a la escuela, y a la biblioteca y tiene muchos amigos con los que riñe a veces. Estoy llegando casi al final. El otro Daniel entra en la biblioteca, donde lo recibe una bibliotecaria muy redonda, Margarita, sentada detrás del mostrador de Información. A su lado hay un hombre. No lo conozco, pero he visto muchas fotos suyas. Es mi padre.

Ahora sí que voy a tardar en dormirme. Este libro es incluso mejor que Sandman.

Tengo ganas de contárselo a mamá, pero me da miedo que se ponga a llorar. Siempre hace el gesto cuando hablo de papá y se le achinan los ojos y parece que va a llorar y después llora de verdad. A la abuela le pasa lo mismo. Por eso yo he dejado de hablar de papá.

Esta semana el jueves tarda mucho en llegar, pero llega (mamá dice que todo llega) y yo entro en la biblioteca impaciente (eso es cuando algo nos encanta y uno no puede esperar), buscando a Margarita, pero no está. Es la primera vez que Margarita no está detrás de su mostrador, con la boca apretada y los ojos tan quietos que parecen pintados en las gafas. Espero toda la tarde y Margarita no aparece y los niños se van y son casi las ocho. Me voy hacia la salida y veo un libro encima de su mesa. No se parece al otro. Es negro y pequeño, como la agenda de mamá. Lleva pegado en la portada un pósito rosa, con forma de corazón y pone “Para Dani. De Margarita”. Lo escondo

rápido en mi mochila, no vaya a darse cuenta Fernando de que Margarita me deja notitas con forma de corazón.

Espero hasta estar en mi cama para abrir el libro nuevo y leerlo a la luz de la lámpara-seta. No habla del otro Daniel, pero no me importa porque me cuenta muchas cosas sobre mi padre. Sé que es él porque el libro lo describe muy bien y porque yo veo a papá gracias al libro y a mi imaginación. Está igual que en las fotos que hay en casa, pero tiene el pelo gris.

Mi papá se llama Roberto Manzanares Espina. A lo mejor lo conocéis porque es escritor y mamá me dijo que era muy bueno. Incluso le dieron premios y todo eso. Escribía literatura infantil y juvenil (que son libros para niños y para niños más mayores), pero no hizo nada como Sandman. Me encanta papá y aunque no entiendo todas las palabras sé que el libro cuenta cosas muy bonitas sobre él. Dice que es un artista que ha encandilado a varias generaciones de adolescentes, que su obra muestra la humanidad y afabilidad que le caracterizan, que es el fiel reflejo de una vida dedicada a la enseñanza y a las letras y que papá desapareció en extrañas circunstancias y desde entonces todos se preguntan dónde está. Yo me lo pregunto y sé que a mamá y a la abuela les pasa lo mismo, aunque no me lo cuentan porque eso les hace llorar. Por eso yo he dejado de hablar de papá.

Al final de todo, el libro negro habla de una historieta de aventuras que papá estaba escribiendo antes de desaparecer, basándose para su personaje principal en su propio hijo y llegando incluso a darle al protagonista el mismo nombre del niño: Daniel. Ése soy yo. Qué grande es papá.

Hay que esperar mucho hasta que sea martes otra vez. Falta tanto que no lo miro en el reloj de Mickey Mouse, sino en el calendario que mamá tiene sobre su escritorio. Lo ha hecho con fotos mías y debajo del nombre de cada mes hay una foto diferente (aunque todas son fotos mías y en algunas yo aún soy un bebé).

Como todo llega, el martes llegó y yo volví a la biblioteca. Margarita estaba allí. Me sorprendió que estuviera. La semana pasada me sorprendió que faltara. Es curioso, ¿verdad? (mamá dice que uso demasiado la palabra

raro y que también puedo decir curioso para significar raro, porque es lo mismo y además no es ofensivo). Margarita me sonrío, como siempre, y yo me quedo de pie, a su lado, esperando a que hable. Ella me mira y luego mira hacia abajo y otra vez a mí y otra vez abajo y al final sale de detrás de su mostrador para ponerse a mi lado. Margarita es igual de alta cuando está de pie que cuando está sentada y su cara, que es muy redonda, queda más o menos a la altura de la mía. Es bien rara esta Margarita.

Me coge de la mano, me mira raro y tira de mí para que la siga. Aunque no le veo, porque está a mis espaldas, mientras salgo escucho la risotada fuerte de Fernando y me pongo colorado. Qué fastidio.

–¿Has leído los libros, verdad Dani?

Le digo que sí con la cabeza. Mamá me riñe cuando no hablo para contestar, pero ahora no me sale.

–¿Y te han gustado?

Otro sí con la cabeza.

–Me alegro mucho. A tu padre le gustaría saberlo. Fue él quien escribió *Las biblioaventuras de Daniel*.

Abro muchísimo los ojos y casi me duele.

–¿Y el otro? –le pregunto.

–El otro no. Ése lo hice yo. Roberto tendrá que perdonarme; yo no tengo su don para la escritura. Me imagino sus comentarios acerca de mi pequeña “obra maestra”.

Margarita se ríe mucho, enseñando los dientes, como si algo fuera muy divertido o muy gracioso.

–Sólo quise hablarte de tu padre, de las grandes cosas que ha hecho y de lo querido que es por todos. Tú eras muy pequeño cuando se fue y te has

perdido el conocer a una persona maravillosa. Sin embargo, estoy segura de que todavía estamos a tiempo de cambiar eso. Ven conmigo.

Me lleva a una habitación que está a oscuras, con una gran mesa en el centro y sillas alrededor, y me cuenta cosas increíbles sobre papá.

–Daniel, tu padre ha sido un genio, un pionero en el mundo de la literatura fantástica. Sus historias han inspirado a millones de niños y las hemos admirado también los adultos. Siempre ha tenido la capacidad de trasladarnos a otro mundo, creado por él, y sus personajes son tan reales que los podemos ver y tocar. ¿No te ha pasado a ti también esto?

No entiendo bien a Margarita, y eso es raro, porque conozco casi todas las palabras que usa.

–Me temo que al final ese universo ficticio se ha convertido en una realidad más fuerte que la nuestra y allí ha terminado, atrapado en su propia creación, en un lugar donde los personajes surgidos de su mente no quieren dejarle marchar. No puedo culparlos; a fin de cuentas, además de una persona extraordinaria, él es también en cierta forma su padre y ese vínculo no nos resulta desconocido a ninguno de nosotros, ¿verdad?

No sé qué contestarle a Margarita. A lo mejor es que no tengo que responder, porque sigue hablando.

–Cuando empezó a escribir *Las biblioaventuras de Daniel* Roberto estaba como loco con la idea de crear una historia sobre ti y para ti. Entonces tú eras un bebé y él no hablaba de otra cosa; tu mirada inteligente, lo dormilón que eras, cuánto te parecías a tu madre... No dejaba de imaginar cómo sería el niño en el que ibas a convertirte. Estaba impaciente por verte crecer y quiso anticiparse en el tiempo y tener ya entonces, aunque fuera en un cuento, a ese Daniel, al Daniel impaciente y explorador que conversa y va a la biblioteca y se pelea con los amigos del colegio. Como parte de tu vida y por tanto de la vida de ese otro Daniel, tu padre fue asimismo un elemento más de esa historia de la que ya no pudo salir. Como ves, *Las biblioaventuras de Daniel* se han quedado en la parte I, porque, tristemente para todos, Roberto no tuvo la

oportunidad de terminarlo. Algunos de sus compañeros de profesión lo han intentado. Yo misma también, lo confieso. Esa historia tiene muchas versiones, escritas por quienes lo apreciamos y quisimos continuar su libro como un medio para traerlo de vuelta. No hace falta decirte que no lo hemos logrado y yo creo saber la razón: ninguno sabemos quién es ese Daniel; nos sabemos quién eres tú. Nuestra interpretación del protagonista no es acertada y no cobra vida. Así es que he pensado, y aquí es donde entras tú, amiguito mío, que debes ser tú quien continúe escribiendo su historia, ya que nadie podría comprender a ese Daniel. Al fin y al cabo, sois la misma persona.

Estoy muy nervioso. Margarita quiere que termine de escribir el cuento que empezó mi padre y yo no sé si puedo hacer algo así. Nunca he escrito nada, salvo los dictados de la maestra, que me dice que tengo una letra muy bonita y me pone buenas notas en caligrafía.

Vuelvo a casa con mamá. Nos esperan la abuela y Rosita, aunque Rosita se va siempre en cuanto llegamos. Mamá prepara la cena y hace salchichas para mí porque no me gusta el bacalao y cuando hay bacalao para cenar a mí me hace salchichas. Me encantan las salchichas. Es mi plato favorito, pero hoy no tengo hambre y no repito.

Le doy un beso a la abuela y me voy a la cama, con el cuaderno de hojas rayadas que me ha comprado mamá para que no escriba torcido. Miro mi libreta en blanco y no se me ocurre nada y cuando mamá viene a darme el beso de buenas noches me pongo a llorar y le cuento todo. Le hablo de Margarita, de *Las biblioaventuras de Daniel*, de cómo me gustaría que papá volviera con nosotros y de que no sé hacer lo que tengo que hacer.

Mamá me abraza fuerte. Eso me gusta. Quiere decir que todo va a salir bien.

–No te preocupes, Dani. Yo te ayudaré. Tengo muchos recuerdos de tu padre y también muchas anécdotas tuyas de cuando eras más pequeño. Con todo lo que yo te cuente estoy segura de que llegarás a conocer a los personajes lo suficientemente bien como para escribir sobre ellos.

Tenía miedo de que mamá no fuera a creerme y de que hiciera su gesto al hablar de papá y de que se pusiera a llorar, pero nada de eso ocurrió. Qué grande es mamá. Me contó muchas cosas de papá: se pasaba horas escribiendo sin parar; le gustaba el helado de pistacho y las películas de un tal Groucho Marx (no lo conozco, pero mamá me dijo que pronto traerá una película suya y la veremos juntos) y era un gran cocinero.

Y sobre mí, me dijo que yo fui un bebé muy bueno, que dormía muchas horas y que comía estupendamente. No me gustaban los disfraces y siempre terminaba llorando cuando me ponían uno para alguna fiesta de la guardería (eso no ha cambiado; ahora soy muy mayor, pero siguen sin gustarme). Mi juguete preferido era la oveja Shaun y, aunque no lo digo nunca, porque no quiero que Fernando se entere, sigo durmiendo con el peluche de la oveja Shaun.

Después de escuchar todas las cosas que me cuenta, empiezo a escribir. Mi Daniel se llama Dani, y yo escribo sobre él. Me cuesta un poco al principio, pero en realidad es fácil, porque Dani hace las mismas cosas que yo. Va a aikido, a la piscina y a la biblioteca, y habla con la bibliotecaria, que se llama Margarita y le explica la extraña desaparición de su padre y su intento de rescatarlo terminando de escribir un cuento ya empezado por él. Y así, Dani entra en un mundo fantástico, formado por los personajes que salieron de la imaginación de mi padre. La mayoría son niños y niños más mayores que hacen cosas que me encantan, como ser detectives y resolver casos misteriosos o salvar a los buenos de los malos. Qué grande es papá. Pensé que no me iban a gustar esos niños y que serían malas personas horribles, pero sí me gustan. Dani se lleva bien con todos, sobre todo con uno que me recuerda a Fernando, aunque se llama Silvio, y conduce un jeep enorme, porque en las historias de mi padre los niños hacen cosas increíbles que me encantan.

Me subo al jeep de Silvio porque me dice que me llevará a ver a mi padre. Estoy muy nervioso y el camino se hace largo, aunque el jeep me encanta y hace mucho ruido y echa humo negro por el tubo de escape. Como todo llega (mamá lo dice siempre) llegamos al final de la ruta y veo la cabaña

donde Silvio me dice que está mi padre. Es una tienda puntiaguda hecha de palos y paja, como una cabaña de indios. No escucho ningún ruido y me sudan las manos y tengo sed, como cuando salgo al encerado a hacer un ejercicio de matemáticas. No soy capaz de moverme y noto que Silvio me mira como si fuera tonto. Qué fastidio. Con el tiempo que llevo esperando esto...

Papá sale de la cabaña y también se queda parado y me mira y yo me pongo a llorar. No lo entiendo, porque no estoy enfadado ni triste y tenía muchas ganas de verle. Él me abraza enseguida y yo lloro todavía más fuerte. Qué fastidio. Con lo contento que estoy...

–No pasa nada Dani. Todo va a salir bien.

Yo sé que es verdad, porque eso es lo que pasa cuando mamá me abraza fuerte.

Papá tiene muchas preguntas pero dice que ya habrá tiempo para eso. Yo no sé cuál es el tiempo de las preguntas, como tampoco sé cuál es el tiempo de calidad. Tengo que hablar seriamente con mamá de los tiempos.

Los niños organizan una fiesta para mí. Hay globos de colores y chuches y música y un montón de comida rica y todos son muy amables conmigo. Es curioso, porque yo creía que no me iban a gustar y que serían unas malas personas horribles que no dejan que papá venga con nosotros. La fiesta dura dos días y yo no tengo nada de sueño y nadie duerme porque nunca es de noche. Me encanta; la oscuridad es un fastidio. Uno no puede hacer nada en la oscuridad, sólo dormir.

Cuando llega el tiempo de las preguntas (papá me avisa) le cuento todo y me dice que está orgulloso de mí y que lo estoy haciendo muy bien. Nos quiere mucho, a mí, a mamá, a la abuela y a todos, pero no puede irse, me dice, porque allí también está en familia. Parece raro esto, pero yo lo entiendo, porque entiendo todas las palabras y porque yo también me siento en familia.

Lo he pensado mucho, y he encontrado una solución, que papá dice que es tan obvia (eso cuando es cuando algo está muy claro y todos lo vemos) que

parece imposible que a nadie se le haya ocurrido antes. Vamos a cavar un túnel muy largo (tiene que ser muy largo), que llegue al otro lado, donde están mamá, la abuela, Margarita... A través de este túnel nuestros amigos del este lado podrán visitarnos y nosotros podremos volver cuando queramos. Casi nunca se puede todo (mamá lo dice siempre), sólo a veces. Ésta es una de esas veces.

Íbamos a cavar a turnos, pero papá todos los turnos y como nunca es de noche y nadie duerme la cosa va rápido. Me han dejado decidir el lugar exacto donde termina el túnel y yo he escogido el sitio perfecto: el rincón de los cómics en la biblioteca, para que los otros niños puedan leer a Sandman. Papá se ríe cuando se lo explico, como si hubiera dicho algo muy divertido o muy gracioso. Qué grande es papá.

El día que terminamos el túnel estamos todos nerviosos. Yo me asomo para ver que no hay nadie y salgo el primero. Margarita está detrás del mostrador y cuando me ve corre a abrazarme y llora mientras hace "ssshhhhhhh!!!!", porque en la biblioteca no se puede hacer ruido, ni siquiera para llorar. Es bien rara esta Margarita.

Y así terminan, más o menos, *Las biblioaventuras de Daniel. Parte II*. Por supuesto, papá se reencuentra con mamá y con la abuela y con todo el mundo y todos somos muy felices siendo una familia unida de nuevo, pero eso no se debe contar porque es obvio y porque pertenece a la intimidad (esto significa que no se puede decir a otros todo lo que pasa ni todo lo que se dice en casa). También, por supuesto, hacemos viajes al otro lado y mis nuevos amigos me visitan aquí y a veces nos pasan cosas raras que me encantaría compartir, pero papá me dice que para eso quizás debería escribir la parte III de la historia. Dice que lo he hecho tan bien que podría plantearme ser escritor. No sé si lo voy a hacer... aunque me encantaría escribir algo tan bueno como Sandman.